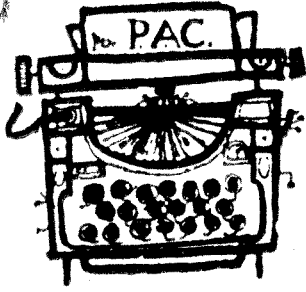


Tertulia

y

Cultura



Hace pocos días un grupo de médicos me invitó a participar en su tertulia semanal. Dos o tres semanas antes había asistido también a otra tertulia, de jóvenes empresarios, que se proponían mantener el diálogo y el contacto en ese tipo de reunión. El hecho no tendría nada de extraño si no fuera porque ambos grupos han buscado la tertulia y la están cultivando como una forma de asociación y de fomento cultural. Se trata —y en esto reside el interés del fenómeno— del remodelamiento capitalino de una antigua manera de diálogo al que se trata de imprimir un nivel más alto.

Porque la vieja costumbre, entre familiar y social, de acudir a conversar a ciertas casas: por la atracción de algún buen conversador, o por afinidad política, o por la belleza o la chispa de la dueña de la casa o de sus hijas, o por simple rutina; costumbre de salas abiertas que se derramaban hasta la acera, de mentideros, de semi-clubes privados, que hizo de Nicaragua un país de tertulias: está hoy en agonía. Todas las formas de vida moderna —la estructura misma de la ciudad actual, el tipo de diversiones, la forma de trabajo, el tráfico, la dispersión de los vecindarios, etc.— han producido el aislamiento del hombre y están pulverizando sus relaciones y destruyendo los antiguos moldes de trato social.

Antes la tertulia brotaba como un producto vivencial y espontáneo de la organización y del sistema de vida nicaragüenses; tanto la tertulia liviana como la de calidad cultural; la de los mentideros y chismógrafos —las hubo temibles para el chisme y famosas por su ingenio— y las que hicieron historia. Porque tanto la política como la literatura— e incluso la ciencia de la historia— se han desarrollado en Nicaragua, hasta hace muy poco tiempo, a través de grupos en tertulia. La política de los 30 Años, por ejemplo, tuvo sus viveros coloquiales en las tertulias de la Vieja Epoca: la tertulia en casa de don Vicente Quadra o en casa del general don Joaquín Zavala, en Granada; la tertulia en Masaya en casa de Jerónimo Pérez, tertulia a la que tanta historia se debe; la de "El Diario Nicaragüense", primero alrededor de don Anselmo Rivas y luego alrededor de mi padre... Y los movimientos literarios: el del grupo "Patria" de León en tiempos de Darío; la tertulia en la casa de la madre del Padre Pallais en la juventud de los De La Selva y del Padre Azarías. El grupo de los "modernistas" que reunió en Managua a los principales exponentes de la generación del "Parnaso"; y más recientemente el grupo "Proa" en León y luego el de "Vanguardia" en Granada fueron fruto de la tertulia.

Como participante de este último grupo sé decir que nuestra verdadera pequeña universidad fue esa constante asociación y diálogo que nos permitió multiplicar nuestra cultura porque cada uno del grupo adquiría en propiedad la suma del esfuerzo de todos.

Pero la fácil reunión de antaño, la distancia vecina, el tiempo más ancho y lento, la vida más comunal han dado paso al actual hombre sin tiempo, al cerebro recargado de operaciones, a la actividad que no quiere o no puede descansar, a la soledad en multitud— al club, donde seguimos hablando de lo mismo; al cine, donde el "yo" se divierte en la soledad de la oscuridad; al automóvil, caverna rodante, etcétera—. La necesidad de diálogo y de tertulia brota entonces del solitario hombre actual, va no espontánea como antes sino como necesidad medicinal, como vitamina que reponga la falta del alimento natural.

Se ha sostenido la hipótesis del colapso agrícola para explicar el misterioso abandono de las ciudades Mayas. Es la explicación de más peso, pero se detiene en la causa económica. Las portentosas edificaciones Mayas no eran propiamente para vivir: eran para el culto y la tertulia. El poblador maya vivía en ranchos en los alrededores de la ciudad y su economía dependía del maíz para cuyo cultivo derribaba la selva, la quemaba, y sembraba a espeque. Careciendo de arado la tierra pronto se cansaba y era necesario derribar nuevas selvas y alejarse cada vez más de la ciudad. Al aumentar la población y al verse cada vez más alejada, por el trabajo agrícola, de la vida ciudadana se presentó la crisis: Fue cuando el Maya comenzó a saludar al Maya diciéndole: "¡Qué cara tan perdida!", cuando comenzó a escasear el diálogo, cuando la tertulia fue desapareciendo. La lucha por el maíz iba creando soledades. Ya la ciudad no podía atenderse con la cohesión social que su existencia exigía. Comenzó a decaer la cultura y simultáneamente comenzó a avanzar la selva y a devorar la ciudad. El final de las Ciudades Mayas es como una fábula alucinante sobre el Urbanismo y la Palabra. En nuestras ciudades actuales no es la selva la que entra y devora sino el negocio. El negocio ha ido invadiendo los barrios centrales y dispersando sus familias que se alejan hacia la periferia. Son fenómenos análogos. En ambos casos se pierde la ciudad por

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

que se pierde la cultura. Y la cultura se pierde cuando se pierde el diálogo.

Por eso los que han tenido inteligencia para analizarse, han sentido el enquistamiento del vivir actual y su empobrecimiento humano, e instintivamente, han buscado la defensa del grupo y el enriquecimiento del diálogo: han buscado la tertulia como beneficio mutuo. Así la experiencia, la lectura, la vivencia de uno para al otro; lo que la falta de tiempo impide adquirir a uno solo, se adquiere entre todos; y los problemas que atañen al hombre —problemas ante los cuales el hombre solitario está sin voz ni voto— el grupo puede afrontarlos...

Son cosas obvias; pero precisamente la deshumanización actual se debe a la pérdida, cada vez más caudalosa, de las cosas obvias...

PABLO ANTONIO CUADRA